

ARGENTINA

La caída de López Rega

El sindicalismo argentino ha obtenido una doble victoria, económica y política: la confirmación de los salarios fijados por los convenios colectivos, que el gobierno había anulado, y la dimisión de López Rega de sus dos puestos, el del ministro y el de secretario particular de la Presidencia. Esta caída de López Rega es particularmente importante: era el hombre que «fabricó» la segunda vuelta del peronismo y el que según se decía determinaba las decisiones presidenciales. No hubiese bastado seguramente la presión sindical si no se hubieran conjuntado otras fuerzas: la oposición de las dos Cámaras al gobierno y la «neutralidad» de los militares, que prácticamente advirtieron que no intervendrían en el caso de una prueba de fuerza entre el gobierno y los sindicatos.

Pero la caída de López Rega no puede ser completa —piensan los sindicalistas argentinos—, mientras el Presidente siga en el poder, porque seguirá estando influida por él. No hay que engañarse: se trata de una ofensiva contra la Presidencia y contra todo el «nuevo peronismo» gubernamental. El Parlamento ha aprobado ya la «ley de acefalía», bloqueada por la Presidencia (la ley que determina en qué forma ha de efectuarse la sustitución provisional en el caso de vacante presidencial) y la ha hecho de forma que Raúl Lastiri, yerno de López Rega, no puede ocuparla. Se dice que Isabel Martínez vendría a España —a su casa de Puerta de Hierro, en Madrid— para un período de descanso de dos meses. Y se dice también que esos dos meses podrían prolongarse indefinidamente, o ser acompañados de una dimisión formal.

López Rega, hasta ahora hombre fuerte del régimen, comienza a ser ya el blanco de todos los ataques. Se le acusa públicamente —en «La Opinión», de Buenos Aires, 6 de julio— de estar en relación estrecha con la AAA, o Alianza Anticomunista Argentina, escuadra de la muerte que ha asesinado hasta ahora a unas doscientas personas de la izquierda. Según «La Opinión», el Ejército tendría pruebas suficientes de esta conexión.

López Rega es un personaje curioso, misterioso, con una personalidad que corresponde a la oscura y tétrica historia de la Argentina contemporánea. Le llaman «el brujo», y él mismo gusta de ese sobrenombre. Es practicante del espiritismo —se dice que en su larga estancia en Madrid, en la finca de Perón, celebraba continuamente sesiones, y que en ellas aparecía el alma de Eva Duarte; ahora tiene «comunicación directa» con el propio Perón, muerto hace justamente un año—, consulta la bola de cristal y una de sus actividades ministeriales ha sido la construcción en Buenos Aires de un monumento en

homenaje a Ciro el Grande, por su protección a las ciencias ocultas. Pero la mayor brujería de López Rega ha sido política: la de levantar un régimen muerto, llevarlo de nuevo al poder, manipular la increíble sustitución de gran jefe por su tercera esposa, y aún mantenerse en el poder durante un año después de la muerte de Perón. Más extraordinaria aún su carrera si se tiene en cuenta que es un hombre comúnmente odiado en la Argentina: por los peronistas que le acusan de ser el culpable del fracaso del régimen, por los militares que le desprecian, por los políticos que le temen, por la sociedad argentina que le considera un aventurero advenedizo. Por parte de la izquierda activista, López Rega es un condenado a muerte al que ejecutarían en cuanto tuviera ocasión de ello: le consideran culpable no sólo de la evicción del justicialismo de las fuerzas de izquierda que tanto contribuyeron a la restauración del régimen, sino de los asesinatos realizados por la AAA y la Policía paralela.

¿Cuáles son las posibilidades políticas en la Argentina en estos momentos? Pocas y malas. La primera época del peronismo terminó dejando un país arruinado y dividido, que nunca pudo encontrar un camino: la segunda fase ha sido —es aún— todavía peor. Están los militares, que en un momento dado podrían tomar la dirección del país abiertamente. Pero los militares ya habían intentado numerosas veces volver a colocar a la Argentina en sus vías, con sus gobiernos de Junta, y no lo habían conseguido. No parece que tengan ahora el deseo de volver a hacerse responsables de lo que inevitablemente, será un desastre como consecuencia de la herencia peronista.

Los políticos civiles no vacilan en presentar sus candidaturas, como el



La Presidente María Estela Martínez está prácticamente sola, y sus discursos no tienen ya mordiente alguno. En la foto, «Isabelita» en la toma de posesión de los nuevos miembros del Gabinete.

radical Balbin. Una parte del peronismo querría intentar ocupar el poder sobre las premisas anteriores al regreso del general, y Héctor Cámpora —que fue el Presidente de tránsito hacia Perón, y que luego tuvo que irse al exilio, perseguido por López Rega y condenado por la AAA— estaría dispuesto a regresar a la Casa Rosada, pero los militares no lo ven con buenos ojos.

¿Una revolución? Los guerrilleros mantienen prácticamente intactas sus fuerzas, a pesar de la represión: pero no parece que sean suficientes para tomar el poder. Sobre todo,

porque en ese caso los militares no dejarían de intervenir.

La busca de la democracia... Era la solución que buscaban los militares a última hora, durante la Presidencia de Lanusse: montaron unas elecciones libres, con la esperanza de que el peronismo se viera disuelto en ellas y creyeron que la mayoría del país no volvería a caer en la aventura peronista, pero se equivocaron. Montar ahora una nueva democracia, con el país rasgado y dividido, es más difícil todavía.

La situación actual es ésta: La Presidente María Estela —o Isabel— Martínez está prácticamente sola, y sus discursos y proclamas, a pesar de ser enérgicos, no tienen ya mordiente ninguno. Hace unos días, en el banquete de camaradería de las Fuerzas Armadas, al que asistió en su calidad de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas —cargo consolidado con el de Presidente de la República—, Isabel Martínez pronunció unas palabras amargas: «Hay horas en la vida de los pueblos, como en la de los hombres, en las que la oscuridad lo envuelve todo. Se diría que hay una conjura de maldiciones bíblicas que extermina hasta los deseos más nobles, hasta las aspiraciones más sanas. Son pruebas a las que nos somete Dios y de las que sólo emergen aquellos que han endurecido sus almas en la fe en sí mismos y en el destino glorioso de la Patria». Discurso acogido por los militares con una frialdad glacial, pero suficientemente expresivo de la incertidumbre actual de la Argentina. ■



Córdoba ha sido escenario de violentos enfrentamientos entre las guerrillas y la Policía.